



LA HISTORIA "Una Cabeza"

Por ANGELES VILLARTA

TROPEZO con un muchacho alto y elegantemente vestido de claró. Ella le dirigió una graciosa sonrisa y musitó suavemente:

—¡Perdón!

El hizo un gesto avinagrado y a ella le pareció que la boca firme e irónica murmuraba:

—¡Esta niña tiene la cabeza a pájaros! Ni siquiera sabe andar por la calle.

No era que tuviese la «cabeza a pájaros...», aunque, ¿por qué había de protestar la comparación? Un pájaro bonitamente colocado en el borde del sombrero podía resultar un adorno delicioso. Precisamente sobre aquel punto poseía una dolorosa experiencia.

Recordó, en aquel momento, una mañana otoñal en el Retiro.

Carlos, ¿su novio?, ¿su amigo?, le había arrancado de las frondas de bronce de los paseos quietos para llevarla a la Exposición. Y de pronto, del otro lado de la maqueta, colocada en un rincón tibio de la sala, surgió «la otra». Sus dientes blancos sonreían frente a ella, pero no se hubiese dado cuenta sin aquella voz que comentó a su lado:

—Es deliciosa. Parece la cabeza de una portada de revista de modas.

Y ella tuvo el convencimiento de que lo había perdido todo. Amigo, posiblemente pudiera darle aun el nombre. Novio, de ninguna manera.

¡Qué rabia! No era que Carlos le tocase demasiado profundamente la fibra del corazón; pero resultaban tan simpáticos los bailes y daba tal importancia confesar un novio arquitecto! Y esta desventura le acaecía por no haber comprado un fieltro marrón en cuyo borde hubiese un pájaro con las alas extendidas... Justo como el de la muchacha de la Exposición.

Y para intentar una nueva conquista, para evitar un posible fracaso, había puesto un cuidado especial en la elección de sus sombreros. La decisión se complicaba en nimias dificultades. Porque, ¿resultaría mejor un repollito de encaje y de flores o el misterio de un velo punteado de lunares?

Esta clase de preocupaciones líricas y serias, ¿no dependía de ellas la felicidad de una vida, o la felicidad de un momento? Era lo que la gente llamaba tener «la cabeza a pájaros». Eso o el meditar cómo le gustaría el príncipe encantado. Si con un jubón entallado y de terciopelo carmesí o si la muñeca resultaría mejor rubia y vestida de azul o morena y que supiese llorar.

¡Pobres muñecas y pobres amores!

Los amores le habían dejado tenues recuerdos. Como el de la muchacha contemplando, frente a ella, la maqueta. En cuanto a las muñecas, aquella legión de niñas de porcelana, de fieltro y de cartón, se las habían llevado sus sobrinas con una sonrisa de suficiencia de las mamás—sus hermanas—que de pronto habían crecido en una especie de pordioseras lloronas:

—Es terrible, sabes... Son tantos gastos, sabes... Y tú que has almacenado las muñecas de toda la familia, ¿por qué no le regalas una a la nena...? ¡La pobrecita está soñando con ella!

Y la nena, para darle las gracias, se abalanzaba sobre la «tita», la despeinaba y la humedecía pródigamente de saliva.

Andaba mirando los escaparates.